

2

EL APOORTE DEL *Luz Feb 1943* PROLETARIADO A LA GUERRA DEL 95

Por Angel I. Augier.

La más profunda y exigente crítica histórica, examinando nuestra evolución al través de las leyes de la economía, ha establecido certeramente el origen de nuestras revoluciones por la independencia, y puesto de relieve las fuerzas sociales que fueron impulsadas a intervenir en ellas, de una manera decisiva o secundaria. Así, la guerra del 68 no puede tener más directa raíz que el fracaso de las aspiraciones reformistas cubanas en la Junta de Información reunida en Madrid en 1867, en la que se burló a nuestras clases poseedoras negándoles más amplios poderes en el dominio político insular, usufructuado por una casta corrompida y rapaz asentada en la declinante monarquía metropolitana. No quiere decir esto, claro está, que sólo han de empujar los móviles de un pueblo los intereses materiales de su clase más representativa y progresista —la burguesía cubana lo era por determinismo económico-social, a pesar de que participaba de la abyecta explotación esclavista junto al opresor español—; muchos otros elementos de carácter ético —apetencias espirituales de justicia, y

de un régimen de vida decoroso y libre—, dan su sangre generosa en todo esfuerzo de transformación honda de un núcleo social, pero ello siempre estará, en términos generales, ligado a los fundamentos que sostienen y estimulan la existencia de esa sociedad: es decir, su estructura económica básica y las leyes peculiares que la componen y rigen socialmente.

No pretenderé analizar el desarrollo de la Guerra Grande, pero será oportuno señalar que ésta, impulsada por la clase propietaria y terrateniente nativa oprimida por un poder extranjero, en su proceso de diez años adquirió un carácter realmente democrático y libertador, por el aporte que recibió de una masa super-explotada. La incorporación del campesino y el esclavo a la jornada heroica por la libertad común, modificó en mucho la trayectoria de la revolución. De ella salió, es verdad, más desposeída y maltratada, la clase nativa que la engendró, pero en el orden político más fuerte y mejor orientada.

Los años que constituyen el paréntesis de la paz del Zanjón a 24 de Febrero, además, situaron nuevos factores sociales en la es-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

e

21

cena de Cuba: crecimiento del proletariado, por el incremento de la industria azucarera en calidad técnica industrial y en volumen de producción; mayores inversiones de capital norteamericano; éxodo de fábricas de tabaco a la Florida, etc. Cambió por completo el cuadro político cubano en los diecisiete años de tregua de la lucha armada activa, aunque el objetivo final siguiera siendo el mismo: independencia total de la Isla, «que no en vano entre Cuba y España —alza enorme sus olas el mar» — como proclamara el poeta Heredia. La burguesía nativa aún habría de dirigir socialmente el ciclo democrático-nacionalista de la revolución, pero en ella tenía que contar con las inagotables reservas morales y materiales de la creciente clase obrera, siempre fervorosa

de patriotismo, sentimiento que nunca ha sido incompatible —sino más bien complementado— con las superiores aspiraciones de justicia y bienestar para la humanidad que propugna el socialismo como teoría eminentemente proletaria.

Cuando en 1892 se constituye simultáneamente en varias poblaciones de los Estados Unidos, por la sabia coordinación y la vehemencia organizadora de Martí el Partido Revolucionario Cubano, el proletariado nuestro de la emigración es su fuerza básica: en su seno veteranos de los Diez Años y los «pinos nuevos» encontraron el vehículo idóneo de la nueva lucha,

y gentes de ideología liberal, y burgueses y pequeños-burgueses de tendencia democrática y de hondo sentido de cubanidad, se daban la mano con obreros de inquietudes más avanzadas: socialistas, anarquistas, etc. Y comenzaban a borrarse allí las fronteras raciales entre los dos núcleos fundamentales

de nuestro pueblo. «Juntarse» era la palabra de orden, frente al enemigo común.

No es necesario recordar, de manera pormenorizada, cuántas veces destacó Martí lo que significaba en todos sentidos la contribución del obrero cubano al partido de la revolución, pero sí es interesante poner de relieve algunos aspectos de su aporte, sobre todo cuando vivimos en tiempos como aquellos, de aprestos bélicos hoy para conservar la independencia conquistada entonces, y de necesidad de estrecha y sincera unión ciudadana. No se ignora, globalmente, el trascendental papel del obrero cubano en la revolución libertadora, pero se desconocen muchos detalles que no deben olvidarse. Además, no por **sabida**, siempre es **reconocida** dignamente esa contribución. Es justo, por ello, insistir en destacarla, porque también en nuestros días —más que ayer— es nuestro proletariado la verdadera base de la emancipación nacional, y la vanguardia férrea de la unidad cubana y de la lucha por la verdadera defensa de la democracia.

Ya se sabe cómo a fines de 1891, en Tampa y Cayo Hueso, sucesivamente, se plasma de manera práctica el armazón del partido de Martí, en el que han de desembocar las corrientes de los diversos clubs y sociedades revolucionarias, hasta integrar un océano orientado hacia el rumbo único de la libertad de Cuba. Los tabaqueros de ambas poblaciones floridanos forman las células más numerosas y firmes del partido. Y el 10 de abril del 92 éste se constituye oficialmente, en distintos actos que se celebran en aquellas lugares donde existen sus principales núcleos. En el que tiene efecto en New York se produce un hecho significativo que Martí hace resaltar en el periódico **Patria**. Después de referirse a cada orador y al club que representaba, termina así el Apóstol su nota sobre el acto:

«Pero el instante bello de la noche, cuando la proclamación pareció a todos completa y verdadera»



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

✓

3

ra, fué cuando, con todo el brío del orador de raza, con todo el ímpetu y asiento de quien ni teme ni esconde, con aquella palabra de aire libre que pone la vida en las almas sinceras, narró Leopoldo Acosta los yerros pasados, acató el espíritu de República de esta nueva jornada, publicó la fe abierta y solemne de su corazón, y la sala entera, el abogado, el comerciante, el periodista, el ingeniero, el médico, se levantó a abrazar al **orador obrero**, al **orador guajiro**. ¡En estos tiempos andamos!

Efectivamente, «en estos tiempos andamos», en los tiempos en que la palabra clara y fuerte y profunda del proletariado se destaca sobre todas las demás, para ofrecer la síntesis de todos los antagonismos, y ser acatada por las demás clases, parece decir Martí en este comentario elocuente, y es difícil que pueda insinuarse de manera más exacta el sentido popular de la nueva revolución que se preparaba, con el aporte de todos los elementos constitutivos de la nación cubana.

Pero otro caso similar acaeció ese mismo día en el acto de proclamación del Partido celebrado en Caya Hueso; entre los oradores, se destacó Ramón G. Socorro, quien ofrece un interés singular. La persona que envió su discurso a **Patria** para su publicación, lo presentaba así: «Socorro es, más que cubano, universalista en sus ideas redentoras... y colabora hoy en el simpático **Pro etario**...» Si por este anuncio sospechamos que se trata de un socialista precursor, lo confirmamos con las palabras del discurso que pronunció a nombre

del club revolucionario «Unión y Libertad», y del cual es este párrafo:

«Por más que en el programa ideal de mis deseos yo busqué aún más allá de la república política la realización del estado perfecto, de la sociedad ilustrada, libérrima y feliz del porvenir, ni me olvidé ni renegué jamás de mis deberes de cubano y de patriota, y si a todos los hombres dí el título de hermanos, a vosotros distinguí y amé como parte integrante de mí ser, porque nos ligan la afinidad simpática de la desgracia y el origen, de la intimidad y de la aspiración común... He aquí por qué hoy, cuando ha llegado el momento propicio para la guerra, la ocasión oportuna para la revolución libertadora, vuelvo con vosotros a ocupar mi puesto de combate, el mismo puesto que ocupé antes del malhadado pacto del Zanjón, y con el que ya estoy familiarizado, a prestar de nuevo mi juramento de sangre —a ratificarlo, mejor dicho— ante el símbolo que como cubano y hombre libre reverencio: la bandera de mi patria».

Estas palabras de un luchador social de aquella época, en que el socialismo no había salido en nuestros países de su etapa utopista, un tanto romántica y verbalista, demuestran cómo comprendía la clase obrera el problema de la unidad nacional, y de cómo, sin discriminación política alguna, se creó el gran frente popular cubano dentro del partido forjado por Martí, y con base en los trabajadores, en un momento en que el obrero, según palabras recogidas por Martí de labios de un tabaquero, «no es como el de hace veinte años: el obrero de hace veinte años lo podían llevar y traer, y darle nombres por verdades, pero



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

3

el de hoy le quita la cáscara a la fruta, y no se anda por las cáscaras, sino por la semilla; antes nos hacían los agujeros en el nari-gón, pero ahora tienen que hacér-noslos en la frente: el obrero de hoy lo mismo lee un artículo de macheterías y bombas, que un artículo de política científica».

Así veía Martí cómo nuestro obrero comenzaba a formar su conciencia clasista. Y nada expresa mejor de cuánto sacrificio hizo alarde el proletariado cubano en esa etapa de preparación de la guerra y de acumulación previa de sus recursos, que esta nota del Apóstol en el número de **Patria** del 10 de noviembre del 94, en vísperas de emprender su viaje a la manigua, comentando el esfuer-zo de los obreros para sostener unas escuelas:

«... Ayer mismo, a la voz de un hombre que jamás los aturdió con la lisonja, ni les cortejó la pa-sión, a la voz de la patria angus-tiada, cedieron, como en día de fiesta, la labor de todo un día pa-

ra el tesoro que, por sobre intri-gas y traiciones, se ha de salvar íntegro, y comprará la república justa por la independencia. Es la verdad que en alguna casa santa, de padre de ocho criaturas, de an-cianas enfermas, se quitó de la mesa el pan que se dió a Cuba: ¡si lo olvidase Cuba mañana, **Pa-tria**, tiene manos de justicia que la escribirían el sacrificio en la frente a la madre ¡ingrata!:

... ¡benditos sean —decía **Pa-tria** en una carta ayer— estos hombres naturales, que son los únicos con que se hacen las cosas grandes en el mundo!» ...

El 24 de febrero de 1895, hace exactamente cuarenta y ocho años, comenzó la guerra libertadora empujada con el sacrificio magní-fico de «estos hombres naturales», y que continuarían sosteniendo con abnegación ejemplar.



Esta fotografía muestra a Martí retratado con los tabaqueros de Martínez Ibor, cuando en Noviembre de 1891, invitado por el Club «Ignacio Agramonte», visitó por primera vez a Tampa. - (Archivo de E. Roig de Leuchsenring).

Handwritten signature: E. Roig de Leuchsenring, Feb 19/43



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA